

José Martí

LUCÍA JEREZ

edición de

Ivan A. Schulman

© - STOCKCERO - ©

INDICE

<i>LUCIA JEREZ: una novela de la modernidad decimonónica</i>	<i>ix</i>
<i>Prólogo inconcluso de José Martí</i>	<i>xxvii</i>
<i>Capítulo I</i>	<i>1</i>
<i>Capítulo II</i>	<i>21</i>
<i>Capítulo III</i>	<i>35</i>
<i>Bibliografía</i>	<i>73</i>

LUCIA JEREZ: UNA NOVELA DE LA MODERNIDAD DECIMONÓNICA

HISTORIA DE UNA NOVELA

Con el término despreciativo de “noveluca” se refirió Martí a su única novela, la que tituló originalmente *AMISTAD FUNESTA*:

Quien ha escrito esta noveluca jamás había escrito otra antes, lo que de sobra conocerá el lector sin necesidad de este proemio¹, ni escribirá probablemente otra después. En una hora de desocupación, le tentó una oferta de esta clase de trabajo: y como el autor es persona trabajadora, recordó un suceso acontecido en la América del Sur en aquellos días, que pudiera ser base para la novela hispanoamericana que se deseaba... (18 191)².

“La novela que se deseaba” debía tener, según las pautas establecidas por el director de *EL LATINO-AMERICANO*, revista neoyorquina donde se iba a publicar: “...mucho amor; alguna muerte; muchas muchachas, ninguna pasión pecaminosa; y nada que no fuese del mayor agrado de los padres de familia y de los señores sacerdotes. Y había de ser hispanoamericana” (18 192). A Martí le parecía punto menos que imposible crear una obra de arte con los requisitos y las limitaciones impuestos por el director, y en el mismo prólogo se expresó al respecto con un dejo de mordacidad humorística: “Yo quisiera ver al valiente que saca de los [palabra inteligible en el manuscrito] una novela buena” (18 192). Y, sin embargo, como veremos, Martí, sin darse cuenta de la novedad del estilo y del discurso³ de su obra (conjetura nuestra), logró crear

- 1 Estas son algunas de las declaraciones pertenecientes a un corto prólogo trunco que escribió Martí para una segunda edición de la novela, la que nunca vio la luz. Es en este prólogo donde cambia el título de su novela, publicada originalmente como *AMISTAD FUNESTA*, a *LUCÍA JEREZ*.
- 2 A menos que se indique lo contrario, las citas martianas son de *OBRA*, Ed. Nacional. Utilizamos la sigla T para las citas provenientes de *OBRA DE MARTÍ* de la Editorial Trópico, y E para el *EPISTOLARIO*.
- 3 Sobre esta cuestión, v. Tamargo, 117: “En este texto, cuyo rasgo más interesantes es el carácter de experimentación y cuestionamiento frente a la novela misma, se notan el rechazo de la mera copia realista y el constante esuerzo innovador de su autor”.

una de las primeras y más significativas novelas modernistas cuyo texto, todavía hoy, fascina y perturba a muchos lectores, y entre los críticos suscita, controversias respecto a su “mensaje” en aproximaciones críticas variadas y, en algunos casos, desorientadas⁴. El autor mismo, con una visión crítica y autorreflexiva que prefigura las ideas modernas y postmodernas sobre el arte literario, reflexionó sobre las limitaciones de la creación narrativa, en especial, “...el carácter problemático del arte...al plantear sus lazos contradictorios con la verdad...la política...” (Zanetti 184), y las paradojas generadas por las contradicciones generadas por la cultura de la modernidad⁵.

El director de *EL LATINO-AMERICANO* no le pidió esta obra a Martí, sino a una amiga suya, Adelaida Baralt, quien a la sazón escribía para la revista. Pero, por razones que desconocemos, ella se sintió incapaz de cumplir con la comisión del redactor y le traspasó el encargo a Martí quien lo aceptó en un momento de crisis emocional. Fue el año de 1885; hacía poco que, con dolor, pero con convicción política y rectitud moral se había separado de los planes Gómez-Maceo⁶ para la invasión y liberación de Cuba, pues descubrió en los generales pretensiones caudillistas y militaristas ajenas al concepto martiano de la nación.

...[V]i —le escribió con reservación a su amigo mexicano, Manuel Mercado— que por torpeza e interés, los jefes...no tenían aquella cordialidad de miras, aquel olvido de la propia persona, aquel pensar exclusivo y previsto en el bien patrio...¿Ni a qué echar abajo la tiranía ajena, para poner en su lugar, con todos los prestigios del triunfo, la propia? (E 1 285)

Si insistimos en esta nota autobiográfica y en la indeclinable posición ética de Martí respecto a la liberación de su patria, proyecto al cual desde su juventud hizo la decisión de dedicar su vida, es porque la ideología revolucionaria de Martí junto con sus ideas sobre la modernización socioeconómica finisecular, se insertan en la voz de los personajes (principalmente en la de Juan Jerez) y en la del narrador de su novela.

La novela, según nos cuenta Martí, la terminó en siete días: “[el autor] ...sin alarde de trama ni plan seguro, dejó rasguear la péñola, durante siete días, interrumpido a cada instante por otros quehaceres...”. Y, terminada, se publicó por entregas, nueve en total, entre el 15 de mayo y el 15 de setiembre de 1885 con la firma de “Adelaida Ral”⁷. El editor pagó la exigua suma

4 Decir que son “desorientadas” parece sugerir un concepto prescriptivo, o al menos unidimensional. No es nuestra intención ir por ese camino. Pero tampoco deben los lectores y los críticos desfigurar el texto con afirmaciones cuya base no justifica el discurso narrativo en cuestión. Como ejemplo de una aproximación “desorientada” v, por ejemplo, el ensayo de Masillo, en especial sus observaciones sobre la interacción de Lucía, Ana y Juan. En cambio, la lectura de Zanetti, muy original, muy sensible, señala dimensiones novedosas, todas ellas basadas en el análisis cuidadoso del texto martiano.

5 “LUCÍA JEREZ—afirma Zanetti—integra el amplio *corpus* de novelas cuya marca significativa procede, sobretudo, de los desajustes que la acelerada modernización produjo en América Latina a fin del siglo XIX.” (187).

6 La ruptura ocurre en el mes de octubre de 1884. En 1885 su mujer e hijo lo abandonan en Nueva York y vuelven a Cuba.

7 No se reveló la identidad del seudónimo hasta 1911 cuando la novela salió publicada en la primera edición de las obras martianas.

de cincuenta y cinco dólares por el manuscrito, una porción de la cual Martí le entregó a Adelaida Baralt junto con unas galantes y leves redondillas:

A ADELAIDA BARALT

De una novela sin arte
La comisión ahí le envió:
¡Bien haya el pecado mío,
Ya que a Vd. le deja parte!

Cincuenta y cinco fue el precio:
La quinta es de Vd.: la quinta
De cincuenta y cinco, pinta
Once, si yo no soy necio.

Para alivio de desgracias
¡Sea! De lo que yo no quiero
Aliviarme es del sincero
Deber de darle las gracias.

José Martí

Como tantas otras novelas modernistas y vanguardistas de América, la de Martí tardó mucho en aparecer en forma de libro con el nombre de su autor. No fue sino hasta 1911 que LUCÍA JEREZ vio la luz como uno de los volúmenes de la primera edición de las obras martianas⁸. Las editó Gonzalo de Quesada y Aróstegui, secretario de Martí, quien descubrió los recortes de las entregas de *EL LATINO-AMERICANO* con correcciones de Martí en la oficina del cubano en Nueva York :

...un día —cuenta Quesada— en que arreglábamos papeles ...en 120 Front Street —convertida, en aquel entonces, en centro del Partido Revolucionario Cubano y redacción y administración del diario *Patria*— di con unas páginas sueltas de *El Latino-Americano*, aquí y allá corregidas por Martí, y exclamé al revisarlas: <¿Qué es esto, Maestro? > <Nada —contestó cariñosamente— recuerdos de épocas de luchas y tristezas, pero guárdelas para otra ocasión. En este momento debemos sólo pensar en la obra magna, la única digna: la de hacer la independenciam> (18 187).

Entre 1885 y 1911 hubo un vacío absoluto respecto al conocimiento de este texto; luego, entre su primera edición y 1953 recibió poca atención crítica, pues los críticos no se fijaron en los valores estéticos de la narración, sino en el argumento, y concluyeron que se trataba de una novela de trama trivial. Pero, en 1953, en el Congreso de Escritores Martianos (La Habana, Cuba)

8 OBRAS DEL MAESTRO, Leipzig: Breiktopf und Haertel, 1900-1919, 15 vols. Se publicó, sin embargo, con el título AMISTAD FUNESTA.

Enrique Anderson Imbert dio el primer paso en la relectura moderna de la obra con una ponencia en que, por primera vez, se estudió la novedad estilística y los valores modernistas de la novela⁹. Y, desde entonces el discurso crítico en torno a la novela se transformó, en parte como consecuencia de los replanteamientos en la década de los cincuenta del concepto del modernismo y de la modernidad hispanoamericanos, en parte, como atinadamente ha observado Mauricio Núñez, por "...el hecho de que muchas de las problemáticas sociales que aparecen en el texto como subtemas, estratos de sentidos secundarios —no por eso menos importantes—, aún se mantengan latentes en nuestros países" ("Prólogo" 16).

En la historia de la estimativa de esta novela hay varias fechas claves. La primera, y por supuesto la más importante, es la fecha de su composición. La siguiente es la de la recuperación de la novela y su presentación como obra martiana por Gonzalo de Quesada en la primera edición de las OBRAS del Maestro. Pero, en términos de la revaloración moderna, la primera fecha trascendente es la de 1953, año de la relectura de Anderson —"una investigación-rescate" como anota Núñez ("Prólogo" 6). La siguiente fecha significativa en la historia crítica de LUCÍA JEREZ es la edición de la novela preparada por Manuel Pedro González, y publicada en España por la Editorial Gredos (1969) con el fin de impulsar la circulación de este texto, injustamente arrinconado y desconocido por el público general y por los críticos de la literatura hispánica. La importancia de la edición de Manuel Pedro González no estriba tanto en la atención prestada por el editor a la autenticidad del texto de la novela como al estudio crítico de la novela. Otra fecha clave es la edición de Carlos Javier Morales (1994) con un prólogo extenso y detallado. Y, por último, la publicación de la edición crítica preparada por Mauricio Núñez, investigador del Centro de Estudios Martianos quien en 1997, en una publicación de la Editorial Letras Cubanas, adelantó gran parte del prólogo de la edición crítica de 2000.

En la edición crítica de Núñez, por primera vez se coteja el texto de la novela —editada y retocada durante muchos años sin criterio textual científico— con la primera versión aparecida en EL LATINO-AMERICANO. Los números de esta publicación periódica, "perdidos" durante años y encontrados recientemente en las bibliotecas de Nueva York y de la ciudad de México por dos investigadores del Centro,

...permite[n] —señala Núñez— investigar la naturaleza del contexto literario, cultural y social específico donde apareció la novela martiana y el lugar que ocupa en este espacio. Además, da la posibilidad de precisar detalles sobre la obra que se desconocían (como, por ejemplo, la fecha exacta de su aparición). Y, sobre todo, brinda el material idóneo para realizar un cotejo

9 La comunicación se publicó posteriormente en la memoria del congreso: "La prosa poética de José Martí. A propósito de AMISTAD FUNESTA, MEMORIA DEL CONGRESO DE ESCRITORES MARTIANOS, La Habana, 1953, 570-616.

textual y estilístico entre la primera versión publicada y la que ha llegado a nuestro días en las Obras completas con el objetivo de lograr un texto definitivo de *AMISTAD FUNESTA* lo más completo posible (“Prólogo” 8-9).

Núñez, en las notas del texto, incluye todas las variantes encontradas en los números correspondientes de *EL LATINO-AMERICANO*, pero opta por preferir como texto-base “...la versión de Quesada y Aróstegui pensando que es más fiel a los cambios que el autor decidió, es decir, la más cercana al estilo martiano” (38). El estudio y la reconstrucción de este texto clave de la obra martiana forma parte del proyecto ambicioso —en proceso— del Centro de Estudios Martianos de producir una edición crítica de los textos dispersos de Martí, corrigiendo los ya conocidos, agregando muchos inéditos, y cotejando todos con los manuscritos o con las versiones publicadas originalmente en periódicos, revistas o ediciones príncipes.

En la preparación de nuestra edición utilizamos como texto-base el de Núñez, pero, como no sabemos si Quesada, al publicar la primera versión de la novela siguió con absoluta fidelidad las correcciones introducidas por Martí en los recortes de las entregas que Quesada encontró en la oficina de Front Street, recomendamos que el lector se fije en las variantes de las notas al pie de las páginas que documentan la versión aparecida en las columnas de *EL LATINO-AMERICANO*¹⁰.

10 Nuestra suspicacia a este respecto se basa en el estudio de los manuscritos de los *VERSOS LIBRES* de Martí y su cotejo con la edición príncipe preparada por Quesada con la colaboración de Aurelia Castillo. V. mi edición de los *VERSOS LIBRES* sobre esta cuestión.

En un nota electrónica Mauricio Núñez me envió los siguientes datos respecto a la versión de Gonzalo de Quesada:

Gonzalo de Quesada publicó por primera vez la novela a partir de los ejemplares tachados por Martí que halló en la oficina de 120 Front Street. Me parece que necesariamente tuvo que incorporar los arreglos pues según él mismo expresó encontró zonas tachadas y añadidos al margen por lo que decidió incorporar las correcciones. Además quiso terminar el trabajo de edición tal y como pensaba hacerlo su autor. *LOS EJEMPLARES TACHADOS NO SE CONSERVAN*. El hijo de Gonzalo de Quesada (Gonzalito) le expresó a un investigador que nunca había visto tales ejemplares (así lo cito en la breve introducción a la edición crítica) y que tampoco conocía su destino. Y éste heredó todos los materiales que su padre atesoraba. Actualmente, todos los documentos originales se guardan en bóvedas refrigeradas en el Archivo del Consejo de Estado en la calle Línea, muy cerca del Centro de Estudios Martianos. Allí sí está la hoja manuscrita del prólogo inconcluso con sus respectivas tachaduras y anotaciones al margen. Fue muy interesante realizar el cotejo por este original, pero los ejemplares tachados del periódico allí no están ni tampoco en la Biblioteca Nacional donde están otros documentos. Me inclino a pensar que sí incorporó Gonzalo de Quesada las correcciones por las diferencias detectadas en el cotejo. Y teniendo en cuenta la seriedad, fidelidad y el rigor que demostró no creo que haya decidido incorporar a su juicio algunas modificaciones no señaladas por el autor. Los investigadores de la Edición crítica (mi antiguo grupo de trabajo) que trabajan con frecuencia los manuscritos originales confían mucho en la labor de Quesada y Aróstegui. (El énfasis es nuestro).

Debido a nuestras investigaciones sobre los *VERSOS LIBRES*, el estudio de los manuscritos de este poemario y el proceso de la producción de la primera versión—sin la necesaria atención a las variantes de las hojas manuscritas— por parte de Gonzalo de Quesada y Aróstegui, nuestra confianza es muy limitada respecto a la producción de la primera versión en forma de libro de LUCÍA JEREZ. De hecho, en el prólogo a la primera edición de la novela Gonzalo de Quesada alude a la existencia de las “ páginas sueltas de “El Latino Americano”, aquí y allá corregidas por Martí...” (v), pero no aclara el proceso de la producción textual.

CAPÍTULO I²⁹

Una frondosa magnolia, podada por el jardinero de la casa con manos demasiado académicas, cubría aquel domingo por la mañana con su sombra a los familiares de la casa de Lucía Jerez. Las grandes flores blancas de la magnolia, plenamente abiertas en sus ramas de hojas delgadas y puntiagudas, no parecían, bajo aquel cielo claro y en el patio de aquella casa amable, las flores del árbol, sino las del día. ¡esas flores inmensas e inmaculadas, que se imaginan cuando se ama mucho! El alma humana tiene una gran necesidad de blancura. Desde que lo blanco se oscurece, la desdicha empieza. La práctica y conciencia de todas las virtudes, la posesión de las mejores cualidades, la arrogancia de los más nobles sacrificios, no bastan a consolar el alma de un solo extravío.

Eran hermosas de ver, en aquel domingo, en el cielo fulgente, la luz azul y por entre los corredores de columnas de mármol, la magnolia elegante, entre las ramas verdes, las grandes flores blancas y en sus mecedoras de mimbre, adornadas con lazos de cinta, aquellas tres amigas, en sus vestidos de mayo: Adela, delgada y locuaz, con un ramo de rosas Jacqueminot³⁰ al lado izquierdo de su traje de seda crema; Ana, ya próxima a morir, prendida sobre el corazón enfermo, en su vestido de muselina blanca, una flor azul sujeta con unas hebras de trigo; y Lucía, robusta y profunda, que no llevaba flores en su vestido de seda carmesí, “porque no se conocía aún en los jardines la flor que a ella le gustaba: ¡la flor negra!”

Las amigas cambiaban vivazmente sus impresiones de domingo. Venían de misa; de sonreír en el atrio de la catedral a sus parientes y conocidos; de pasear por las calles limpias, esmaltadas de sol, como flores desatadas sobre una bandeja de plata con dibujos de oro. Sus amigas, desde las ventanas de

29 La novela comenzó a publicarse el 15 de mayo de 1885 en la primera página del periódico neoyorkino *EL LATINO-AMERICANO* (año 1, no. 15). La presente edición le advertirá al lector la fecha en que fueron apareciendo cada una de las entregas en que se fragmentó la obra, en los sucesivos números de esta publicación.

30 Rosas bordadas en la fábrica de hilados del vizconde de Jacqueminot (1787-1852), en Bar-le-Duc (Francia).

sus casas grandes y antiguas, las habían saludado al pasar. No había mancebo elegante en la ciudad que no estuviese aquel mediodía por las esquinas de la calle de la Victoria. La ciudad, en esas mañanas de domingo, parece una desposada. En las puertas, abiertas de par en par, como si en ese día no se temiesen enemigos, esperan a los dueños los criados, vestidos de limpio. Las familias, que apenas se han visto en la semana, se reúnen a la salida de la iglesia para ir a saludar a la madre ciega, a la hermana enferma, al padre achacoso. Los viejos ese día se remozan. Los veteranos andan con la cabeza más erguida, muy luciente el chaleco blanco, muy bruñido el puño del bastón. Los empleados parecen magistrados. A los artesanos, con su mejor chaqueta de terciopelo, sus pantalones de dril muy planchado y su sombrero de castor fino, da gozo verlos. Los indios, en verdad, descalzos y mugrientos, en medio de tanta limpieza y luz, parecen llagas. Pero la procesión lujosa de madres fragantes y niñas galanas continúa, sembrando sonrisas por las aceras de la calle animada; y los pobres indios, que la cruzan a veces, parecen gusanos prendidos a trechos en una guirnalda. En vez de las carretas de comercio o de las arrias de mercaderías, llenan las calles, tirados por caballos altivos, carruajes lucientes. Los carruajes mismos, parece que van contentos, y como de victoria. Los pobres mismos, parecen ricos. Hay una quietud magna y una alegría casta. En las casas todo es algazara. Los nietos ¡qué ir a la puerta, y aturdir al portero, impacientes por lo que la abuela tarda! Los maridos ¡qué celos de la misa, que se les lleva, con sus mujeres queridas, la luz de la mañana! La abuela, ¡cómo viene cargada de chucherías para los nietos, de los juguetes que fue reuniendo en la semana para traerlos a la gente menor hoy domingo, de los mazapanes recién hechos que acaba de comprar en la dulcería francesa, de los caprichos de comer que su hija prefería cuando soltera, ¡qué carruaje el de la abuela, que nunca se vacía! Y en la casa de Lucía Jerez no se sabía si había más flores en la magnolia, o en las almas.

Sobre un costurero abierto, donde Ana al ver entrar a sus amigas puso sus enseres de coser y los ajuaras de niño que regalaba a la Casa de Expósitos, habían dejado caer Adela y Lucía sus sombreros de paja, con cintas semejantes a sus trajes, revueltas como cervatillos que retozan. ¡Dice mucho, y cosas muy traviesas, un sombrero que ha estado una hora en la cabeza de una señorita! Se le puede interrogar, seguro de que responde: ¡de algún elegante caballero, y de más de uno, se sabe que ha robado a hurtadillas una flor de un sombrero, o ha besado sus cintas largamente, con un beso entrañable y religioso!³¹ El sombrero de Adela era ligero y un tanto extravagante, como de niña que es capaz de enamorarse de un tenor de ópera: el de Lucía era un sombrero arrogante y amenazador: se salían por el borde del costurero las cintas carmesíes, enroscadas sobre el sombrero de Adela como un³² boa sobre una tórtola: del fondo de seda negro, por los reflejos de un rayo de sol que filtraba oscilando por una rama de la magnolia, parecían salir llamas.

31 En ELA, a cont. la frase: "Solo que en los templos de esta religión las vírgenes andan."

32 Así en ELA y en la edición de Quesada y Aróstegui.

Estaban³³ las tres amigas en aquella pura edad en que los caracteres todavía no se definen: ¡ay! ¡en esos mercados es donde suelen los jóvenes generosos, que van en busca de pájaros azules, atar su vida a lindos vasos de carne que a poco tiempo, a los primeros calores fuertes de la vida, enseñan la zorra astuta, la culebra venenosa, el gato frío e impasible que les mora en el alma!

La mecedora de Ana no se movía, tal como apenas en sus labios pálidos la afable sonrisa: se buscaban con los ojos las violetas en su falda, como si siempre debiera estar llena de ellas. Adela no sin esfuerzo se mantenía en su mecedora, que unas veces estaba cerca de Ana, otras de Lucía, y vacía las más. La mecedora de Lucía, más echada hacia adelante que hacia atrás, cambiaba de súbito de posición, como obediente a un gesto enérgico y contenido de su dueña.

—Juan no viene: ¡te digo que Juan no viene!

—¿Por qué, Lucía, si sabes que si no viene te da pena?

—¿Y no te pareció Pedro Real muy arrogante? Mira, mi Ana, dame el secreto que tú tienes para que te quiera todo el mundo; porque ese caballero, es necesario que me quiera.

En un reloj de bronce labrado, embutido en un ancho plato de porcelana de ramos azules, dieron las dos.

—Lo ves, Ana, lo ves ya Juan no viene. Y se levantó Lucía; fue a uno de los jarrones de mármol colocados entre cada dos columnas, de las que de un lado y otro adornaban el sombreado³⁴ patio; arrancó sin piedad de su tallo lustroso una camelia blanca, y volvió silenciosa a su mecedora, royéndole las hojas con los dientes.

—Juan viene siempre, Lucía.

Asomó en este momento por la verja dorada que dividía el zaguán de la antesala que se abría al patio, un hombre joven, vestido de negro, de quien se despedían con respeto y ternura uno de mayor edad, de ojos benignos y poblada barba, y un caballero entrado en largos años, triste, como quien ha vivido mucho, que retenía con visible placer la mano del joven entre las suyas:

—Juan, ¿por qué nació Vd. en esta tierra?

—Para honrarla si puedo, don Miguel, tanto como Vd. la ha honrado.

Fue la emoción visible en el rostro del viejo; y aún no había desaparecido del zaguán, de brazo del de la buena barba, cuando Lucía, demudado el rostro y temblándole en las pestañas las lágrimas, estaba en pie, erguida con singular firmeza, junto a la verja dorada, y decía, clavando en Juan sus dos ojos imperiosos y negros:

—Juan, ¿por qué no habías venido?

Adela estaba prendiendo en aquel momento en sus cabellos rubios un jasmín del Cabo.

Ana cosía un lazo azul a una gorrita de recién nacido, para la Casa de Expositos.

33 En ELA, este párrafo comienza: “De aquellas tres amigas, Ana se moría; Adela ardilleaba; Lucía mandaba; mas estaban todas en aquella pura edad ...”.

34 En ELA: “ameno”.

—Fui a rogar, respondió Juan sonriendo dulcemente, que no apremiasen por la renta de este mes a la señora del Valle.

—¿A la madre de Sol? ¿de Sol del Valle?

Y pensando en la niña de la pobre viuda, que no había salido aún del colegio, donde la tenía por merced la Directora,³⁵ se entró Lucía, sin volver ni bajar la cabeza, por las habitaciones interiores, en tanto que Juan, que amaba a quien lo amaba, la seguía con los ojos tristemente.

Juan Jerez era noble criatura. Rico por sus padres, vivía sin el encogimiento egoísta que desluce tanto a un hombre joven, mas sin aquella angustiosa abundancia, siempre menor que los gastos y apetitos de sus dueños, con que los ricuelos de poco sentido malgastan en empleos estúpidos, a que llaman placeres, la hacienda de sus mayores. De sí propio, y con asiduo trabajo, se había ido creando una numerosa clientela de abogado, en cuya engañosa profesión, entre nosotros perniciosamente esparcida, le hicieron entrar, más que su voluntad, dada a más activas y generosas labores, los deseos de su padre, que en la defensa de casos limpios de comercio había acrecentado el haber que aportó al matrimonio su esposa. Y así Juan Jerez, a quien la naturaleza había puesto aquella coraza de luz con que reviste a los amigos de los hombres, vino, por esas preocupaciones legendarias que desfloran y tuercen la vida de las generaciones nuevas en nuestros países, a pasar, entre lances de curia que a veces le hacían sentir ansias y vuelcos, los años más hermosos de una juventud sazónada e impaciente, que veía en las desigualdades de la fortuna, en la miseria de los infelices, en los esfuerzos estériles de una minoría viciada por crear pueblos sanos y fecundos,³⁶ de soledades tan ricas como desiertas, de poblaciones cuantiosas de indios míseros, objeto más digno que las controversias forenses del esfuerzo y calor de un corazón noble y viril.

Llevaba Juan Jerez en el rostro pálido, la nostalgia de la acción, la luminosa enfermedad de las almas grandes, reducida por los deberes corrientes o las imposiciones del azar a oficios pequeños; y en los ojos llevaba como una desolación, que sólo cuando hacía un gran bien, o trabajaba en pro de un gran objeto, se le trocaba, como un rayo de sol que entra en una tumba, en centelleante júbilo. No se le dijera entonces un abogado de estos tiempos, sino uno de aquellos trovadores que sabían tallarse, hartos ya de sus propias canciones, en el mango de su guzla,³⁷ la empuñadura de una espada. El fervor de los cruzados encendía en aquellos breves instantes de heroica dicha su alma buena; y su deleite, que le inundaba de una luz parecida a la de los astros, era solo comparable a la vasta amargura, con que reconocía a poco que en el mundo no encuentran auxilio, sino cuando convienen a algún interés que las vicia, las obras de pureza. Era de la raza selecta de los que no trabajan para el éxito, sino contra él. Nunca, en esos pequeños pueblos nuestros donde los hombres se encorvan tanto, ni a cambio de provechos ni de vanaglorias cedió Juan

35 En ELA, a cont.: “cuya pensión pagaban a escote los amigos de la triste señora,”.

36 En ELA, en lugar del texto a cont. hasta “míseros”: “ya de soledades tan ricas como desiertas, ya de poblaciones cuantiosas de indios tan malvados como brutos”.

37 Instrumento de música en forma de guitarra con una sola cuerda de crin, con el que los trovadores acompañaban sus cantos.

un ápice de lo que creía sagrado en sí, que era su juicio de hombre y su deber de no ponerlo con ligereza o por paga al servicio de ideas o personas injustas; sino que veía Juan su inteligencia como una investidura sacerdotal, que se ha de tener siempre de manera que no noten en ella la más pequeña mácula los feligreses; y se sentía Juan, allá en sus determinaciones de noble mozo, como un sacerdote de todos los hombres, que uno a uno tenía que ir dándoles perpetua cuenta, como si fuesen sus dueños, del buen uso de su investidura.

Y cuando veía que, como entre nosotros sucede con frecuencia, un hombre joven, de palabra llameante y talento privilegiado, alquilaba por la paga o por el puesto aquella insignia divina que Juan creía ver en toda superior inteligencia, volvía los ojos sobre sí como llamas que le quemaban, tal como si viera que el ministro de un culto, por pagarse la bebida o el juego, vendiese las imágenes de sus dioses. Estos soldados mercenarios de la inteligencia lo tachaban por eso de hipócrita, lo que aumentaba la palidez de Juan Jerez, sin arrancar de sus labios una queja.³⁸ Y otros decían, con más razón aparente, —aunque no en el caso de él,— que aquella entereza de carácter no era grandemente meritoria en quien, rico desde la cuna, no había tenido que bregar por abrirse camino, como tantos de nuestros jóvenes pobres, en pueblos donde por viejas tradiciones coloniales, se da a los hombres una educación literaria, y aun ésta descosida e incompleta, que no halla luego natural empleo en nuestros países despoblados y rudimentarios, exuberantes, sin embargo, en fuerzas vivas, hoy desaprovechadas o trabajadas apenas, cuando para hacer prósperas a nuestras tierras y dignos a nuestros hombres no habría más que educarlos de manera que pudiesen sacar provecho del suelo providísimo en que nacen. A manejar la lengua hablada y escrita les enseñan, como único modo de vivir, en pueblos en que las artes delicadas que nacen del cultivo del idioma no tienen el número suficiente, no ya de consumidores, de apreciadores siquiera, que recompensen, con el precio justo de estos trabajos exquisitos, la labor intelectual de nuestros espíritus privilegiados. De modo que, como con el cultivo de la inteligencia vienen los gustos costosos, tan naturales en los hispanoamericanos como el color sonrosado en las mejillas de una niña³⁹ quinceña;— como en las tierras calientes y floridas, se despierta temprano el amor, que quiere casa, y lo mejor que haya en la ebanistería para amueblarla, y la seda más joyante y la pedrería más rica para que a todos maraville y encele su dueña; como la ciudad, infecunda en nuestros países nuevos, retiene en sus redes suntuosas a los que fuera de ella no saben ganar el pan, ni en ella tienen cómo ganarlo, a pesar de sus talentos, bien así como un pasmoso cincelador de espadas de taza, que sabría poblar ⁴⁰ éstas de castellanas de larga amazona desmayadas en brazos de guerreros fuertes, y otras sutiles lindezas en plata y en oro, no halla empleo en un villorrio de gente labriega, que vive en paz, o al puñal o a los puños remite el término de sus

38 En ELA: “sin dejar escapar de sus labios desdeñosos una queja”.

39 En ELA, a cont.: “de quince años”.

40 En ELA: “que puebla”.

contiendas; como con nuestras cabezas hispanoamericanas, cargadas de ideas de Europa y Norteamérica, somos en nuestros propios países a manera de frutos sin mercado, cual las excrecencias de la tierra, que le pesan y estorban, y no como su natural florecimiento, sucede que los poseedores de la inteligencia, estéril entre nosotros por su mala dirección, y necesitados para subsistir de hacerla fecunda, la dedican con exceso exclusivo a los combates políticos, cuando más nobles, produciendo así un desequilibrio entre el país escaso y su política sobrada, o, apremiados por las urgencias de la vida, sirven al gobernante fuerte que los paga y corrompe, o trabajan por volcarle cuando, molestado aquel por nuevos menesterosos, les retira la paga abundante de sus funestos servicios. De estas pesadumbres públicas venían hablando el de la barba larga, el anciano de rostro triste, y Juan Jerez, cuando este, ligado desde niño por amores a su prima Lucía, se entró por el zaguán de baldosas de mármol pulido, espaciaosas y blancas como sus pensamientos.

La bondad es la flor de la fuerza. Aquel Juan brioso, que andaba siempre escondido en las ocasiones de fama y alarde, pero visible apenas se sabía de una prerrogativa de la patria desconocida o del decoro y albedrío de algún hombre hollados; aquel batallador temible y áspero, a quien jamás se atrevieron a llegar, avergonzadas de antemano, las ofertas y seducciones corruptoras a que otros vociferantes de temple venal habían prestado oídos; aquel que llevaba siempre en el rostro pálido y enjuto como el resplandor de una luz alta y desconocida, y en los ojos el centelleo de la hoja de una espada; aquel que no veía desdicha sin que creyese deber suyo remediarla, y se miraba como un delincuente cada vez que no podía poner remedio a una desdicha; aquel amantísimo corazón, que sobre todo desamparo vaciaba su piedad inagotable, y sobre toda humildad, energía o hermosura prodigaba apasionadamente su amor, había cedido, en su vida de libros y abstracciones, a la dulce necesidad, tantas veces funesta, de apretar sobre su corazón una manecita blanca. La de esta o la de aquella le importaban poco; y él, en la mujer, veía más el símbolo de las hermosuras ideadas que un ser real.

Lo que en el mundo corre con nombre de buenas fortunas, y no son, por lo común, de una parte o de otra, más que odiosas vilezas, habían salido, una que otra vez, al camino de aquel joven rico a cuyo rostro venía, de los adentros del alma, la irresistible belleza de un noble espíritu. Pero esas buenas fortunas, que en el primer instante llenan el corazón de los efluvios trastornadores de la primavera, y dan al hombre la autoridad confiada de quien posee y conquista; esos amoríos de ocasión, miel en el borde, hiel en el fondo, que se pagan con la moneda más valiosa y más cara, la de la propia limpieza; esos amores irregulares y sobresaltados, elegante disfraz de bajos apetitos, que se aceptan por desocupación o vanidad, y roen luego la vida, como úlceras, sólo lograron en el ánimo de Juan Jerez despertar el asombro de que so pre-

texto o nombre de cariño vivan hombres y mujeres, sin caer muertos de odio a sí mismos, en medio de tan torpes liviandades. Y no cedía a ellas, porque la repulsión que le inspiraba, cualesquiera que fuesen sus gracias, una mujer que cerca de la mesa de trabajo de su esposo o junto a la cuna de su hijo no temblaba de ofrecerlas, era mayor que las penosas satisfacciones que la complicidad con una amante liviana produce a un hombre honrado.

Era la de Juan Jerez una de aquellas almas infelices que sólo pueden hacer lo grande y amar lo puro. Poeta genuino, que sacaba de los espectáculos que veía en sí mismo, y de los dolores y sorpresas de su espíritu, unos versos extraños, adoloridos y profundos, que parecían dagas arrancadas de su propio pecho, padecía de esa necesidad de la belleza que como un marchamo ardiente, señala a los escogidos del canto. Aquella razón serena, que los problemas sociales o las pasiones comunes no oscurecían nunca, se le ofuscaba hasta hacerle llegar a la prodigalidad de sí mismo, en virtud de un inmoderado agradecimiento. Había en aquel carácter una extraña y violenta necesidad del martirio, y si por la superioridad de su alma le era difícil hallar compañeros que se la estimaran y animasen, él, necesitado de darse, que en su bien propio para nada se quería, y se veía a sí mismo como una propiedad de los demás que guardaba él en depósito, se daba como un esclavo a cuantos parecían amarle y entender su delicadeza o desear su bien.

Lucía, como una flor que el sol encorva sobre su tallo débil cuando espelende en todo su fuego el mediodía; que como toda naturaleza subyugadora necesitaba ser subyugada; que de un modo confuso e impaciente, y sin aquel orden y humildad que revelan la fuerza verdadera, amaba lo extraordinario y poderoso, y gustaba de los caballos desalados, de los ascensos por la montaña, de las noches de tempestad y de los troncos abatidos; Lucía, que, niña aún, cuando parecía que la sobremesa de personas mayores en los gratos almuerzos de domingo debía fatigarle, olvidaba los juegos de su edad, y el coger las flores del jardín, y el ver andar en parejas por el agua clara de la fuente los pececillos de plata y de oro, y el peinar las plumas blandas de su último sombrero, por escuchar, hundida en su silla, con los ojos brillantes y abiertos, aquellas aladas palabras, grandes como águilas, que Juan reprimía siempre delante de gente extraña o común, pero dejaba salir a caudales de sus labios, como lanzas adornadas de cintas y de flores, apenas se sentía, cual pájaro perseguido en su nido caliente, entre almas buenas que le escuchaban con amor; Lucía, en quien un deseo se clavaba como en los peces se clavan los anzuelos, y de tener que renunciar a algún deseo, quedaba rota y sangrando, como cuando el anzuelo se le retira queda la carne del pez; Lucía, que con su encarnizado pensamiento había poblado el cielo que miraba, y los florales cuyas hojas gustaba de quebrar, y las paredes de la casa en que lo escribía con lápices de colores, y el pavimento a que con los brazos caídos sobre los de su

mecedora solía quedarse mirando largamente; de aquel nombre adorado de Juan Jerez, que en todas partes por donde miraba le resplandecía, porque ella lo fijaba en todas partes con su voluntad y su mirada como los obreros de la fábrica de Eibar,⁴¹ en España, embuten los hilos de plata y de oro sobre la lámina negra del hierro esmerilado; Lucía, que cuando veía entrar a Juan, sentía resonar en su pecho unas como arpas que tuviesen alas, y abrirse en el aire, grandes como soles, unas rosas azules, ribeteadas de negro, y cada vez que lo veía salir, le tendía con desdén la mano fría, colérica de que se fuese, y no podía hablarle, porque se le llenaban de lágrimas los ojos; Lucía, en quien las flores de la edad escondían la lava candente que como las vetas de metales preciosos en las minas le culebreaban en el pecho; Lucía, que padecía de amarle, y le amaba irrevocablemente, y era bella a los ojos de Juan Jerez, puesto que era pura, sintió una noche, una noche de su santo, en que antes de salir para el teatro se abandonaba a sus pensamientos con una mano puesta sobre el mármol del espejo, que Juan Jerez, lisonjeado por aquella magnífica tristeza, daba un beso, largo y blando, en su otra mano. Toda la habitación le pareció a Lucía llena de flores; del cristal del espejo creyó ver salir llamas; cerró los ojos, como se cierran siempre en todo instante de dicha suprema, tal como si la felicidad tuviese también su pudor, y para que no cayese en tierra, los mismos brazos de Juan tuvieron delicadamente que servir de apoyo a aquel cuerpo envuelto en tules blancos, de que en aquella hora de nacimiento parecía brotar luz. Pero Juan aquella noche se acostó triste, y Lucía misma, que amaneció junto a la ventana en su vestido de tules, abrigados los hombros en una aérea nube azul, se sentía, aromada como un vaso de perfumes, pero seria y recelosa...⁴²

—Ana mía, Ana mía, aquí está Pedro Real, ¡Míralo qué arrogante!

—Arrodíllate, Adela: arrodíllate ahora mismo, le respondió dulcemente Ana, volviendo a ella su hermosa cabeza de ondulantes cabellos castaños; mientras que Juan, que venía de hacer paces con Lucía refugiada en la antesala, salía a la verja del zaguán a recibir al amigo de la casa.

Adela se arrodilló, cruzados los brazos sobre las rodillas de Ana; y Ana hizo como que le vendaba los labios con una cinta azul, y le dijo al oído, como quien ciñe un escudo o ampara de un golpe, estas palabras:

—Una niña honesta no deja conocer que le gusta un calavera, hasta que no haya recibido de él tantas muestras de respeto, que nadie pueda dudar que no la solicita para su juguete.

Adela se levantó riendo, y puestos los ojos, entre curiosos y burlones, en el galán caballero, que del brazo de Juan venía hacia ellas, lo esperó de pie al lado de Ana, que con su serio continente, nunca duro, parecía querer atenuar en favor de Adela misma, su excesiva viveza. Pedro, aturdido y más amigo

41 Importante fábrica de armas de fuego, bicicletas y máquinas de coser del municipio español de Eibar, provincia de Guipúzcoa, País Vasco. Su principal comercio radica en las manufacturas metálicas e incrustaciones de oro y plata sobre hierro y acero. Errata en ELA: "Tibar".

42 Aquí concluye la primera entrega de la novela. A partir del párrafo siguiente se inicia la segunda, aparecida el 1º de junio de 1885 (año 1, no. 16). Esta se publicó en las páginas interiores de ELA.

de las mariposas que de las tórtolas, saludó a Adela primero.

Ana retuvo un instante en su mano delgada la de Pedro, y con aquellos derechos de señora casada que da a las jóvenes la cercanía de la muerte.

—Aquí, le dijo, Pedro: aquí toda esta tarde a mi lado. ¡Quién sabe si, enfrente de aquella hermosa figura de hombre joven, no le pesaba a la pobre Ana, a pesar de su alma de sacerdotisa, dejar la vida! ¡Quién sabe si quería sólo evitar que la movible Adela, revoloteando en torno de aquella luz de belleza, se lastimase las alas!

Porque aquella Ana era tal que, por donde ella iba, resplandecía. Y aunque brillase el sol, como por encima de la gran magnolia estaba brillando aquella tarde, alrededor de Ana se veía una claridad de estrella. Corrían arroyos dulces por los corazones cuando estaba en presencia de ella. Si cantaba, con una voz que se esparcía por los adentros del alma, como la luz de la mañana por los campos verdes, dejaba en el espíritu una grata intranquilidad, como de quien ha entrevisto, puesto por un momento fuera del mundo, aquellas musicales claridades que sólo en las horas de hacer bien, o de tratar a quien lo hace, distingue entre sus propias nieblas el alma. Y cuando hablaba aquella dulce Ana, purificaba.

Pedro era bueno, y comenzó a alabarle, no el rostro, iluminado ya por aquella luz de muerte que atrae a las almas superiores y aterra a las almas vulgares, sino el ajuar de niño a que estaba poniendo Ana las últimas cintas. Pero ya no era ella sola la que cosía, y armaba lazos, y los probaba en diferentes lados del gorro de recién nacido: Adela súbitamente se había convertido en una gran trabajadora. Ya no saltaba de un lugar a otro, como cuando juntas conversaban hacía un rato ella, Ana y Lucía, sino que había puesto su silla muy junto a la de Ana. Y ella también, iba a estar sentada al lado de Ana toda la tarde. En sus mejillas pálidas, había dos puntos encendidos que ganaban en viveza a las cintas del gorro, y realzaban la mirada impaciente de sus ojos brillantes y atrevidos. Se le desprendía el cabello inquieto, como si quisiese, libre de redes, soltarse en ondas libres por la espalda. En los movimientos nerviosos de su cabeza, dos o tres hojas de la rosa encarnada que llevaba prendida en el peinado, cayeron al suelo. Pedro las veía caer. Adela, locuaz y voluble, ya andaba en la canastilla, ya revolvía en la falda de Ana los adornos del gorro, ya cogía como útil el que acababa de desechar con un mohín de impaciencia, ya sacudía y erguía un momento la ligera cabeza, fina y rebelde, como la de un potro indómito. Sobre las losas de mármol blanco se destacaban, como gotas de sangre, las hojas de rosa.

Se hablaba de aquellas cosas banales de que conversaba en estas tertulias de domingo, la gente joven de nuestros países. El tenor, ¡oh el tenor! había estado admirable. Ella se moría por las voces del tenor. Es un papel encantador el de Francisco I.⁴³ Pero la señora de Ramírez, ¡cómo había tenido el va-

43 Es el protagonista del drama *LE ROI S'AMUSE*, de Víctor Hugo. En el libreto para la versión operística —*RIGOLETTO*— realizada por el escritor italiano Piave, este personaje toma el nombre de El duque de Mantua para evitar la referencia a su nombre verdadero. No obstante, Martí sí lo menciona cuando habla del tenor.

Francisco I (1494-1547). Rey de Francia. Sucesor, en 1515, de su primo Luis XII. Apoyó el Renacimiento en el país protegiendo a los artistas Leonardo de Vinci, Benvenuto Cellini y Tiziano Vecello. Se le conoce con el nombre de "Padre de las Letras".

lor de ir vestida con los colores del partido que fusiló a su esposo!, es verdad que se casa con un coronel del partido contrario, que firmó como auditor en el proceso del señor Ramírez. Es muy buen mozo el coronel, es muy buen mozo. Pero la señora Ramírez ha gastado mucho, ya no es tan rica como antes: tuvo a siete bordadoras empleadas un mes en bordarle de oro el vestido de terciopelo negro que llevó a *Rigoletto*,⁴⁴ era muy pesado el vestido. ¡Oh! ¿Y Teresa Luz? lindísima, Teresa Luz: bueno, la boca, sí, la boca no es perfecta, los labios son demasiado finos; ¡ah, los ojos! bueno, los ojos son un poco fríos, no calientan, no penetran: pero qué vaguedad tan dulce; hacen pensar en las espumas de la mar. Y, ¡cómo persigue a María Vargas ese caballereito que ha venido de París, con sus versos copiados de François Coppée,⁴⁵ y su política de alquiler, que vino, sirviendo a la oposición y ya está poco menos que con el Gobierno! El padre de María Vargas va a ser ministro y él quiere ser diputado. Elegante sí es. El peinado es ridículo, con la raya en mitad de la cabeza y la frente escondida bajo las ondas. Ni a las mujeres está bien eso de cubrirse la frente, donde está la luz del rostro. Que el cabello la sombree un poco con sus ondas naturales; pero ¿a qué cubrir la frente, espejo donde los amantes se asoman a ver su propia alma, tabla de mármol blanco donde se firman las promesas puras, nido de las manos lastimadas en los afanes de la vida? Cuando se padece mucho, no se desea un beso en los labios sino en la frente. Y ese mismo poetín lo dijo muy bien el otro día en sus versos “A una niña muerta”, era algo así como esto: Las rosas del alma suben a las mejillas: las estrellas del alma, a la frente. Hay algo de tenebroso y de inquietante en esas frentes cubiertas. No, Adela, no, a Vd. le está encantadora esa selva de ricitos: así pintaban en los cuadros de antes a los cupidos revoloteando sobre la frente de las diosas. No, Adela, no le hagas caso: esas frentes cubiertas, me dan miedo. Es que ya se piensan unas cosas, que las mujeres se cubren la frente, de miedo de que se las vean. Oh, no, Ana: ¿qué han de pensar Vds. más que jazmines y claveles? Pues que no, Pedro: rompa Vd. las frentes, y verá dentro, en unos tiestitos que parecen bocas abiertas, unas plantas secas, que dan unas florecitas redondas y amarillas. Y Ana iba así ennobleciendo la conversación, porque Dios le había dado el privilegio de las flores: el de perfumar. Adela, silenciosa hacía un momento, alzó la cabeza y mantuvo algún tiempo los ojos fijos delante de sí, viendo cómo el perfil céltico de Pedro, con su hermosa barba negra, se destacaba, a la luz sana de la tarde, sobre el zócalo del mármol que revestía una de las anchas columnas del corredor de la casa. Bajó la cabeza, y a este movimiento, se desprendió de ella la rosa encarnada, que cayó deshaciéndose a los pies de Pedro.

44 Ópera en cuatro actos. Una de las piezas más celebres del compositor italiano Giuseppe Verdi, estrenada en Venecia en 1851.

Giuseppe Verdi (1813-1901): Su obra marca el apogeo de la música italiana en el siglo XIX. Entre su extensa y exitosa producción operística sobresalen NABUCODONOSOR, más conocida por NABUCO (1842), RIGOLETTO (1851), LA TRAVIATA (1853), EL TROVADOR (1853), AÍDA (1871), OTELLO (1887) y FALSTAFF (1893). También compuso un no menos notable RÉQUIEM (1874), ejemplo de su labor en el género sacro.

45 François Coppée (1842-1908). Uno de los poetas del parnasianismo francés; muy apreciado por Martí. LOS HUMILDES es su poemario más conocido.